

nes. Eva y Adán se apartaron á la puerta del Paraíso y no volvieron á encontrarse, á pesar de haberse buscado con anhelo, sino después de largo tiempo y larguísimas ansias. Como todo el mahometismo rueda en derredor de la cuna del Profeta, la montaña donde se juntaron está vecina de la Meca, y se llama con el nombre de Arafa, que quiere decir tanto como encuentro. Mas no paran aquí las imaginaciones musulmanas. Según ellas, el agua de los diluvios que inundaron el planeta salió de un horno, donde cocía la buena madre aquel primitivo pan que calmó nuestras primeras hambres. Y si el horno doméstico de nuestra misma Eva se halla tan próximo á la Meca, saludada por las generaciones mahometanas, el sepulcro se halla en las orillas del mar Rojo, tan importantes en las tradiciones ismaelitas como en las tradiciones judías: que ambas ensalzan en mutua competencia y con mutuo empeño á Moisés, en torno de cuyo nombre tantas ideas se cuajan y se urden tantas leyendas. La primer fuente histórica, la tradición oral, concluye por enturbiarse al extremo de dificultar completamente la investigación de sus orígenes y la exactitud de sus afirmaciones. Transmitida de labio en labio se reproduce con una gran frecuencia, y á cada reproducción cambia con una gran facilidad. Eva se alteró mucho en la tradición mahometana,

como se alteraron tantos otros personajes provenientes del Evangelio y de la Biblia.

No menos curioso resultaría el rastreo de cuantas cosas respecto á Eva pasan circulando como muy corriente moneda, lo mismo por las letras europeas que por la conversación general. Ha llevado la pobre muchas culpas, que no merecía, sobre sus espaldas, encorvadas bajo el peso de tantas maldiciones. Como si el hombre no fuese, cual ella, contingente, y cual á ella no le aquejase una debilidad irremediable de suyo y una propensión irremisible á faltar y pecar, coloca el común sentir á Eva sobre la fuente de donde manan y fluyen todos los males á una en la humanidad en la tierra. Han penetrado de tal manera la letra y textos bíblicos en el común decir y en el pensar común, que todo campesino llama su costilla con retintín á la mujer propia, y todo malévolo denomina cierta clase de malas hembras con el nombre genérico de Evas, ó hijas de la misérrima Eva, como si debiera pagar sólo ella la universal contingencia y debilidad, á cuyo imperio ninguna criatura podrá jamás exentarse. Como la vida en el matrimonio es una mezcla de los goces con las penas ¡ay! no surge dificultad ó inconveniente los cuales no caigan con inmenso estrépito sobre aquel primer matrimonio, y del matrimonio no salga siem-

pre la esposa descalabrada. Manzana, serpiente, mujer, se han ido poco á poco transformando en el curso de los siglos y en el movimiento de las ideas para representar el mal de que han quedado como símbolos. Así, cuantos han querido maldecir de la hembra humana con fundamento, han tomado la pobre y malaventurada Eva por pretexto. Una dama sabia, y no muy buena, cayendo en la cuenta de que todas las faltas pueden imputarse á la primera madre, menos infidelidad, ha deslizado esta gracia: «porque no había ningún otro varón en el mundo.» Tal dicho me recuerda el otro célebre, y reído tantas veces, de que para castigar Dios á Job le quitó su salud, sus haciendas, sus ganados, sus camellos, sus tesoros, y le dejó su mujer. El error, el pecado, las debilidades que haya podido tener el humano linaje, corresponden por igual á los dos sexos. En todas las especies el macho, que representa el combate, posee la fuerza, mientras la hembra, que representa el amor, posee la ternura natural de su sexo, y en cierta medida la debilidad imputada generalmente después á Eva. En la especie humana la hembra seguramente aventaja en algo al hombre, lo aventaja en hermosura. No sucede así entre varios animales inferiores, pues en los faisanes, en los pavos reales, en mil especies, todos los atractivos y todas las bellezas se han pues-

to en los machos, mientras las hembras, modestas, y oscuras, y tímidas, parecen más que las esposas, las viudas destinadas á un eterno luto, por lo menos, las siervas destinadas á una eterna inferioridad.

En verdad, hemos dejado correr un poco nuestra fantasía en toda esta historia, y si las sucesivas hubieran de parecerse á la que ahora trazamos, tomaría de seguro nuestro libro un carácter novelesco del cual queremos apartarlo, pues el deber contraído con quien leyere se reduce á pintar, no á fingir, narrando verdades, no componiendo fábulas. Pero hay que distinguir personajes de personajes y tiempos de tiempos para justificar un poco el método artístico de nuestros escritores del Renacimiento, los cuales, no sólo describían sitios nunca por ellos visitados ni vistos, cosa corriente, y vulgar, y admisible, hacían hablar á los personajes históricos, según ellos imaginaban que hubieran hablado verdaderamente, y dada su natural compleción, en aquellas circunstancias históricas y particulares, cosa vedada por el rigorismo, reinante hoy, á los escritores modernos. Pero cuanto sabemos de la primera mujer y del primer hombre se contiene por completo en lo sumario y brevísimo que la Biblia narra. Y como superar la sublime sencillez de tal narración ha de parecernos imposi-

ble siempre, reproduciéndola estábamos despachados, y en bien, ya con el público, ya con la conciencia. Pero al penetrar en los tiempos primitivos, hay que penetrar primitivamente, con la imaginación más que con el raciocinio, es decir, con aquella facultad intelectual que se despierta en el hombre al salir de sus primeros años y que corresponde á la primera edad también del humano linaje. La sensibilidad es la primera en despertarse á la vida entre nuestras facultades, como que coincide con el nacimiento y se muestra por el lloro primero. La voluntad es la segunda. Y después de la sensibilidad y de la voluntad, la memoria. Y después de la memoria, la fantasía, mucho antes que la inteligencia, muchísimo antes que la razón. Por consiguiente, al tratarse de tiempos como los tiempos primitivos, y de personas como Eva y Adán, tipos ideales más que personificaciones históricas, nuestra mente ha podido conceder á la fantasía cierta intrusión legítima dentro de lo que pudiéramos llamar en las esferas del arte la fantástica leyenda. Eva se nos aparece así como un arquetipo legendario en todos y cada uno de los siglos históricos. Ha llevado en su hermosísimo seno la primer inocencia, como la llevamos todos en la niñez primera. Después ha perdido esa inocencia, como los humanos la pierden al entrar en su edad juvenil, en la edad del conocimiento y

de la pasión. El mal se le ha enredado entre los piés, como se nos enreda desgraciadamente á todos. Y esposa y madre, personificación de todas las esposas y de todas las madres, ha pasado por los gozos y por los dolores del amor y de la maternidad. No aparece como una persona, sino como una personificación.

Los escritores, así rabinescos cual monásticos, muy dados á comentar la Biblia, no han tenido inconveniente alguno en fantasear, mucho más de lo que nosotros lo hemos fantaseado, el personaje de nuestra Eva, la común madre. Como es histórica su inocencia, histórico su pecado, histórica su pena, históricos los nombres de su prole, histórica su muerte misma después del sacrificio de Abel y del crimen de Caín, la hemos presentado en todas estas circunstancias, totalmente históricas para los pueblos fieles á la Biblia, según el conocimiento mayor ó menor nuestro de la naturaleza y condiciones humanas, cuyo despertar compendia y representa. No hemos, en verdad, sido como aquel cronicón viejo de los siglos medios, el cual la dió de vida novecientos cuarenta ó más años para cumplir su fin providencial, y para perpetuar la humana especie la hizo parir en todos sus numerosos partos niño y niña gemelos. No le atribuiremos, como San Romualdo, la fundación del colegio de las vestales antiguas. Tam-

poco aseveraremos, cual otro autor en sus ocios teológicos, que la madre común del humano linaje desgarrara un palo del árbol de la ciencia y diera con tal rama tras Adán, constriéndole á palos al odioso pecado, por cuyo maleficio vivimos los mortales en tanto vilipendio. Por los tiempos históricos acontece más frecuentemente un apaleo de la mujer por el marido que un apaleo del marido por la mujer, aunque se dan algunos casos contrarios. Pero no habíamos de ser tan desgraciados los hombres que resultáramos á los ojos de una sana crítica los primeros apaleados en el primer matrimonio; convengamos, por mucho que cueste á nuestra cortesía, y gentileza, y caballerosidad, en la probabilidad mayor de todo lo contrario. Pero ¿quién pone puertas al campo inmenso de una imaginación rabínica ó monástica? Un rabino vió á nuestros primeros padres nada menos que con cola, y larga, cual vió á Satanás enamorado de la hermosa Eva, y dando zapatetas por los montes del Paraíso, para desencantarla de su inocencia y hacerla pecadora, con ánimo de aprovechar y explotar sus deliciosas flaquezas. No hablemos de León Hebreo, quien dice que nuestros primeros padres perdieron el Paraíso, no por haber mordido la manzana, sino por haber faltado á la decencia; ni de tantos escritores como resbalan en esta materia, y dicen y aseveran

cosas no reproducibles ni en tiempos de realismo tan favorables á todas las grandes temeridades de pensamiento y á todas las terribles crudezas de palabra.

¡Y qué de cosas han afirmado relativas á la serpiente ó culebra! En primer lugar, que tamaño animal hablaba por las primeras edades históricas, habiendo perdido esta facultad del habla por consecuencia de su falsía y del engaño donde supo enredar á nuestros primeros padres. En segundo lugar, que las serpientes guardan, desde aquel entonces, ideas confusas de todos los divinos misterios. En tercer lugar, que los celos movieron, y no ningún otro motivo, sus halagos y sus seducciones. En cuarto lugar, que á ellas estuvo permitido comer del árbol de la ciencia del bien y del mal, sin daño alguno, y como le estuvo permitido, comió, visto lo cual por Eva, de suyo imitativa, siguió el ejemplo, atracándose de aquellas manzanas todavía indigeridas dentro de nuestros debilísimos estómagos. En quinto lugar, que la culebra fué la cabalgadura de Satanás en el Paraíso y no la forma. En sexto lugar, que la serpiente hubo menester de su silbido para cumplir su atentado, pues en este tiempo los hombres entendían todo cuanto expresaban los animales con sus diversos medios de animada expresión. En séptimo lugar, que la serpiente bíblica, cual tam-

bién las sirenas griegas, ostentaba preciosa cabeza de mujer. Y si esto dicen de la serpiente, imaginaos qué dirán de Caín. Según unos, Adán y Eva salieron vírgenes del Paraíso, y según otros, en el Paraíso engendraron á Caín. Sobre tal punto, San Jerónimo dice: *Nuptiæ terram replent, virginitas Paradisum*. Pues hay quien dice que, gemelos Caín y Abel, provinieron del amor entre Satanás y Eva. Y luego sueltan las riendas á su inventiva para conocer ó rastrear cómo se llamaban las mujeres en tan primitiva familia. Unos afirman que la mujer de Caín se llamó Caimana, triste apellido, pero bien general, pues todos los mal casados en España apodan con él á sus respectivas mitades sin escrúpulo ni respeto. Otros dicen que la mujer de Abel se llamó Alina. El Tostado, que por escribir de todo escribió de esto también, denomina Calmana y no Caimana la mujer de Caín, llevado por la necesidad imprescindible de impedir el equívoco. Pero no acabaríamos nunca si hubiéramos de repetir cuantas particularidades han dicho rabinos y monjes respecto de nuestros primeros padres y de sus primeros hijos en los comentarios bíblicos.

Quien desee recrear algún ocio, que abra la magnífica edición, impresa en Amsterdam, del célebre diccionario de Pedro Bayle, y allí encontrará estos y otros cuentos de teólogos, algunos de los cuales no

son para contados, sino como prueba de cuanto solían las imaginaciones pervertirse, con qué perversión tan profunda, en las veladas y ociosidades monásticas. Naturalmente, la crítica del siglo último se había empeñado en demoler la religión católica para dejar paso abierto y franco al libre pensamiento. Movida por tal propósito, y puesta en el empeño de cumplirlo, no se detenía en barras, y arramblaba, en los remolinos de su pasión desordenada, con todo aquello que pudiera concurrir al indispensable logro de su impacientísimo deseo. Creían matar la religión cristiana, cuyos principios dogmáticos y morales quedarán incólumes en la conciencia eternamente, y sólo mataban la escolástica, es decir, una forma, y forma transitoria, de la teología. El período crítico de la pasada centuria demolió muchas supersticiones monásticas y derribó muchos altares de ídolos falsos. En esta demolición tocóle á la crítica herir muchos dogmas, tanto morales como intelectuales; pero hay principios vulnerables y principios invulnerables en la historia humana. Los vulnerables caen heridos al golpe de las plumas contra ellos conjuradas; pero los invulnerables reciben mayor fuerza del combate. Los enciclopedistas, así en el diccionario de Diderot como en el diccionario de Bayle, arremetieron con los dogmas, y no vulneraron ninguno; arremetieron con las supersti-

ciones, y las acabaron todas. No hay medio tan eficaz de concluir con las cavilosas teológicas respecto de nuestra primera madre y de su tradicional culpa como exponerlas y referirlas. El espíritu crítico, ya connaturalizado con el desarrollo de nuestra razón, las pulveriza, y Eva permanece como el tipo de la mujer primera en los albores del tiempo y de la historia.

Eva no es tanto una idea como un ideal, no es tanto una persona como una personificación. En ella se resumen las primitivas tristezas y las primitivas alegrías del género humano. Ella representa nuestra inocencia y nuestra culpa. En su frente, así como vemos el resplandor de nuestro llorado Paraíso, vemos el enigma de nuestros males, en guisa de una mosca inmensa, que al sol, y á su lumbré, y á sus rayos vivificadores y hermosos, estuviera como adherida y pegada. Así la figura de nuestra primera madre se ha ido levantando y creciendo en el transcurso de los siglos á los ojos de la humanidad. Y la Eva, desmedidamente agrandada por el humano espíritu, resulta, en concepto mío, tan digna, ó más digna de nuestro estudio, que la Eva puramente bíblica. No perfeccionaríamos y remataríamos este retrato si no pusiéramos en torno de nuestra madre aquel nimbo de brillantísimas ideas con que siglos y siglos han sabido á

una tanto enaltecerla como coronarla. De consiguiente, debe mirarse á Eva en sus dos aspectos principalísimos, tal como coincide con los diversos tipos análogos en las teogonías orientales, y esto ya lo hicimos á su debido tiempo, y tal como pasa, de siglo en siglo, por los poemas, por los cuadros, por las esculturas, por las leyendas, en los varios luminosísimos círculos del arte. Al anunciar esto, no deben mis lectores temer que prolongue mucho materia tan vasta, ni que pretenda, como cualquier erudito, seguir prolijamente, y en sus minuciosidades, todas las formas y personificaciones que haya revestido la mujer primera. Mas no hay para qué dudar: se necesita ver, y ver con atención, y ver con cuidado, las varias manifestaciones del prototipo de la madre Eva, que han brillado en las artes humanas con tanto brillo y han enaltecido la historia estética del mundo.

No acabaríamos nunca si hubiéramos de enumerar todas las personificaciones de nuestra Eva, dejadas por todas las artes en su desarrollo histórico. Con sólo pararse á contemplar las Biblias, los Evangelios, los misales, los libros de rezo en las bibliotecas monásticas ilustrados, y los bajos relieves puestos en nuestras catedrales, habría para detener al más activo y resuelto. Yo, ni quiero, ni puedo, ni debo hacer eso, porque yo no escribo tanto his-

torias como pinto retratos de las mujeres célebres. Mas declaro que desconoceríamos por completo la fisonomía de nuestra primera madre si ocultáramos un rasgo tan sobresaliente como los aspectos por ella tomados en las altas cimas del poema épico y del arte pictórico. ¡Ah! Como el pecado y culpa de nuestra primera madre se corresponden tanto con el sacrificio y muerte de nuestro Santísimo Redentor, la serpiente y la cruz están muy cerca en la serie de nuestros dogmas, en las páginas de nuestro Santoral, en el coro de nuestras artes. Por consecuencia, reproducir todas las personificaciones que haya tomado Eva en todos los tiempos, téngolo por cosa completamente imposible. Pero verla, contemplarla en las obras de aquellos grandes autores, tanto artistas como poetas, que hayan brillado allá en el cielo de la inmortalidad, paréceme indispensable. La Eva de un monje como Angélico, de un atleta como Buonarroti, de un heleno como Rafael, de un épico tal como Milton, la Eva llevada sobre las tenues alas de tantas inspiraciones como sustentan su altísima imagen, merece que nos detengamos un minuto, si hemos de conocer esta fisonomía que brilla en las noches de nuestra historia como brilla la luna en las noches de nuestro planeta.

Pero vamos á las esferas del arte. La pintura es

el arte católico por excelencia. El Renacimiento es la época verdaderamente clásica de la pintura. Miguel Ángel y Rafael son los dos colosos. Y sus Evas han pasado á la posteridad, en tales términos, que no hay palabras para encarecerlas. Yo, muchas veces, he recorrido las galerías y las estancias del Vaticano, ese intelectual emporio donde han dejado los pinceles católicos la más alta expresión del catolicismo estético. Las esculturas antiguas han penetrado allí también, como si quisieran, por una especie de intuición milagrosa, juntarse con las representaciones de otro arte más ideal, de cuyo arte han sido como necesarios é inmortales precedentes. Yo, viendo las estatuas del arte pagano y las figuras del arte católico, he pensado mil veces cuánto distaban estas apoteosis nuestras de aquel apocamiento caído sobre la primera mujer al salir del Paraíso y encontrarse como un hermoso juguete á merced por completo de todos los elementos embravecidos por el soplo letal y huracanado de todos los males juntos. Pero el hombre ha combatido y trabajado con tal porfía desde aquel entonces, que bien pueden llamarse, tanto su cuerpo como su alma, las creaciones de su propio esfuerzo. Así el Renacimiento significa el triunfo de nuestra humanidad sobre la materia y el rescate de todas las servidumbres que nos había impuesto la fuerza. Paré-

cense la estatua del mundo clásico y la figura del Renacimiento en que las formas humanas, por ellas y merced á ellas, arriban, después de haberse desvestido por completo del mal, á una tan grande armonía y á una tan perfecta belleza, como la que pudieran tener allá en el Paraíso. Mirad la Eva de Miguel Ángel en la Sixtina del Vaticano, y comparadla con la Eva del Génesis al caer en la culpa. Ésta con todos los males choca, perseguida por una conjuración terrible contra ella de todos los elementos desencadenados y de todas las especies enfurecidas. Eva tiene ya en la Sixtina su redención completa. Tal mujer puede guardar el género humano en sus amplias y profundas entrañas, que parecen exentarse á la primera maldición de parir con dolores, según la fuerza readquirida y recuperada en esta metamorfosis. La naturaleza, por los grandes cuadros del Renacimiento, sobre todo por los cuadros de Miguel Ángel, no sólo se halla sometida, parece como apartada y ausente. Diríase que después de haber sufrido la humanidad por tantos siglos el despotismo de la fuerza y de la materia quería demostrarles en aquella soledad que ni siquiera necesitaba de su concurso para el sér y para la vida. Fingíos en vuestra mente, si poder tenéis para tanto, la primera mujer encerrada so las madrigueras lacustres, ó en los mismos hoyos y

concavidades terribles donde aulla el oso de las cavernas, y comparadla con esa mujer que pisa y quebranta la cabeza de la enemiga serpiente, y parece levantarse rescatada de la culpa, redimida del pecado, sobre un pedestal enorme, allende la tierra y cerca del cielo, en su majestuosa y soberana soledad. He aquí la característica principal del Renacimiento. Ha devuelto á las formas humanas aquella increíble armonía que debieron tener en el Paraíso; ha sometido la naturaleza de tal suerte á la humanidad, que hombre y mujer, Adán y Eva, parecen tener este aire que antes los azotaba con sus huracanes y con sus rayos, este mundo que antes les interponía en su camino las especies carniceras, completa y absolutamente subyugados, en prueba de que la humanidad, por su esfuerzo y por su trabajo, ha vencido á las fuerzas fatales y ha entrado, por la libertad, en posesión de sí misma.

¡La creación! He aquí el acto esencialísimo al poder de Dios. Así como la presencia del mal en la naturaleza todo lo asombra y oscurece, la fuente de donde mana la vida todo lo alegra y acalora. Quizás la palabra más alta y más sublime que puede constar en las lenguas humanas es la palabra con que pinta el Génesis la primera difusión de la primera luz. Ese verbo, que llena lo vacío; ese destello, que ilumina lo eternamente oscuro; ese calor,